Estudios U. de Chile revelan cómo la ciudad condiciona la autonomía de las mujeres mayores

Dos investigaciones lideradas por la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de Chile analizaron cómo los espacios comunes de la vivienda y las condiciones del barrio influyen en la vida cotidiana de mujeres mayores en Santiago. Los trabajos muestran que jardines, pasillos, veredas y bancas pueden favorecer sus desplazamientos, redes sociales y labores de cuidado, pero también limitar su autonomía cuando no están diseñados para responder a sus necesidades.

Las bancas con respaldo y apoyabrazos permiten descansar durante los recorridos, ampliar las distancias caminadas y generar oportunidades de encuentro.Marie Geraldine Herrmann-Lunecke, profesora asociada del Departamento de Urbanismo de la FAU y autora principal de ambos artículos. “Nuestras ciudades, barrios y viviendas muchas veces no están diseñados para las personas mayores y presentan muchísimas barreras sociales y físicas”, señala.El primer estudio analizó las prácticas cotidianas de 30 mujeres de entre 60 y 92 años en cuatro conjuntos habitacionales de Santiago.El segundo artículo reconstruyó los recorridos habituales de 25 mujeres mayores y analizó la importancia de caminar para acceder a servicios, redes cercanas y actividades cotidianas.Antonio Zumelzu, académico del Instituto de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad Austral de Chile y coautor de los estudios. “Los espacios comunes no solo articulan los desplazamientos y la vivienda, sino que también son espacios de encuentro”.Los espacios comunes favorecen los encuentros espontáneos y ayudan a sostener las redes sociales y de cuidado de las mujeres mayores.

Enlaces relacionados

- Paper: Hacia una vivienda amigable con las personas mayores: prácticas cotidianas de mujeres mayores en espacios comunes de viviendas colectivas en Santiago de Chile.
- Paper: Prácticas de movilidad cotidianas de mujeres mayores en Santiago de Chile: la importancia de caminar en el barrio.

El buen envejecimiento y la calidad de vida están estrechamente ligados al entorno. Para muchas personas, **seguir viviendo en la misma casa y en el barrio donde han construido sus rutinas, afectos y redes de apoyo es parte fundamental de ese bienestar.** Sin embargo, permanecer allí no depende únicamente de la voluntad: la vivienda, los espacios comunes y las calles pueden favorecer esa continuidad o transformarse en barreras para la autonomía.

Esta idea se relaciona con **el concepto de "envejecer en el lugar"**: permanecer en el propio hogar y comunidad de manera segura, autónoma y confortable durante la vejez. Según se proyecta, en Chile para 2050 una de cada tres personas tendrá 60 años o más, lo que vuelve urgente adaptar las viviendas y ciudades a esta transformación demográfica.

Se trata de los artículos ***Toward age-friendly housing: Everyday practices of older women in common spaces of collective housing in Santiago, Chile***, publicado en la revista *Cities*, y ***Everyday mobility practices of older women in Santiago, Chile: The importance of walking in the neighbourhood***, difundido en *Transportation Research Interdisciplinary Perspectives*.

Los estudios fueron desarrollados por **Marie Geraldine Herrmann-Lunecke,** Constanza Cerda-Gosselin y Rodrigo Mora, del **Departamento de Urbanismo de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo**, junto a **Antonio Zumelzu**, del Instituto de

Arquitectura y Urbanismo de la Universidad Austral de Chile. El equipo se encuentra vinculado, además, al Centro de Desarrollo Urbano Sustentable (CEDEUS) y al Núcleo Milenio en Transporte Justo.

Aunque cada artículo examina una escala distinta, ambos muestran que la autonomía se construye en la continuidad entre la vivienda, los espacios comunes y el barrio. **“Nuestras ciudades, barrios y viviendas muchas veces no están diseñados para las personas mayores y presentan muchísimas barreras sociales y físicas”**, explica Marie Geraldine Herrmann-Lunecke, autora principal de ambos trabajos y académica del Departamento de Urbanismo.

El problema, por tanto, no es que las mujeres mayores no utilicen estos lugares, sino que su diseño puede terminar por **restringir actividades esenciales para su vida cotidiana.**

Espacios comunes que prolongan la vida fuera de la vivienda

El primer estudio analizó las prácticas cotidianas de 30 mujeres de entre 60 y 92 años de cuatro conjuntos habitacionales de Santiago. Mediante entrevistas caminadas, el equipo las acompañó por jardines, pasillos, escaleras, patios y accesos para conocer el papel de estos lugares en sus rutinas.

Los resultados muestran que las áreas comunes están lejos de ser únicamente zonas de tránsito. Jardines, corredores y patios pueden convertirse en lugares para caminar, cuidar plantas, hacer actividad física, conversar con vecinas o acompañar a nietos y nietas. “**Los espacios comunes no solo articulan los desplazamientos y la vivienda, sino que también son espacios de encuentro cotidiano para la actividad física y la socialización”**, explica Antonio Zumelzu.

Esta apropiación también favorece la construcción de vínculos. “Nos dimos cuenta de que muchas de las actividades se realizaban con otras personas: vecinos, amigos, familiares o nietos que ellas cuidan. Estos encuentros espontáneos en los espacios públicos, comunes o semipúblicos **enriquecen significativamente la vida social de las personas mayores”**, señala Herrmann-Lunecke.

Esta experiencia cobra especial relevancia al considerar las desigualdades que enfrentan muchas mujeres mayores, quienes con frecuencia continúan asumiendo tareas de cuidado y sostén familiar. “En Chile, las mujeres mayores realizan un trabajo de cuidado muy importante, como el cuidado de nietos y nietas. Eso también tiene que estar incluido en el diseño de estos espacios”, afirma.

No obstante, escaleras sin pasamanos, pasillos estrechos, falta de rampas, accesos difíciles o la ausencia de ascensores pueden hacer que las residentes reduzcan sus desplazamientos. De esta forma, **una barrera arquitectónica puede convertirse en una barrera para la actividad física, la sociabilidad y la participación comunitaria.** “Cuando hay muchas barreras en los espacios públicos o comunes, las personas mayores empiezan a evitarlos”, advierte Herrmann-Lunecke.

Caminar para seguir haciendo vida en el barrio

El segundo artículo profundizó en **lo que ocurre cuando las mujeres mayores salen del conjunto habitacional**. Mediante entrevistas y ejercicios de mapeo participativo con 25 residentes, el equipo reconstruyó sus recorridos habituales y los motivos de sus desplazamientos en sus barrios.

La investigación mostró que caminar es su principal forma de acceder a comercios, servicios de salud, áreas verdes, actividades culturales y redes cercanas. Estos trayectos,

además, les permiten encontrarse con amistades, sostener tareas de cuidado, mantenerse activas y participar de la vida pública.

“Las caminatas generan presencia, visibilidad en la comunidad y una posibilidad de interacción social bien importante”, plantea Herrmann-Lunecke. Por ello, las condiciones del entorno pueden ampliar o reducir el espacio cotidiano al que una persona mayor accede de manera autónoma.

Entre las principales barreras, las participantes identificaron veredas estrechas o deterioradas, desniveles, falta de rebajes de solera, cruces con tiempos semafóricos para peatones insuficientes y escasez de lugares para descansar. Estos obstáculos pueden obligarlas a modificar sus rutas, reducir las distancias recorridas o abandonar ciertas actividades.

En este contexto, las bancas aparecen como un elemento fundamental. **“Un asiento o un banco es una infraestructura del cuidado.** Permite descansar durante trayectos largos y aumentar el radio de movilidad en el barrio, pero también es una infraestructura para socializar: puedes sentarte y conversar”, explica la académica.

Aunque parezcan intervenciones simples, pueden definir si una mujer mayor logra continuar haciendo su vida de manera independiente. Estos hallazgos refuerzan la necesidad de que **las políticas de vivienda, planificación urbana y envejecimiento incorporen estas experiencias desde el inicio del diseñ**o, considerando de forma integrada la vivienda, los espacios comunes y el barrio.

“Para tener ciudades más justas e inclusivas, tenemos que diseñar considerando las necesidades de las personas mayores”, concluye.

Josefa Gutiérrez, Prensa U. de Chile